

La Mortificación del Pecado



1616 – 1683
JOHN OWEN

Traducido por Víctor B. García del libro “Temptation and Sin” (capítulo del 2 Tomo 6 de las obras de John Owen)

¿QUIEN ES JOHN OWEN?

Owen fue un prominente pastor puritano inglés, considerado, junto a Juan Calvino y Jonathan Edwards, como uno de los más grandes teólogos reformados de todos los tiempos. Poseía una mente lúcida que le permitió ingresar a Queen’s College (Universidad de Oxford) a los doce años y obtener una Maestría a los 19. Cuando tenía veinte años, la convicción de pecado le produjo una turbulencia espiritual tan grande que por tres meses apenas pudo proferir palabra. Esto le trajo a la fe en Cristo en quien encontró el perdón de pecados y la paz de su conciencia. En 1637 comenzó su pastorado; en 1640 fue capellán de Oliver Cromwell, y en 1651 fue nombrado decano de la facultad más grande de la universidad de Oxford, “Christ Church” (en la foto). En 1652 recibió el nombramiento adicional de vice-canciller de la universidad, la cual reorganizó con notable éxito. Después de 1660 guió a las iglesias independientes a través de los difíciles años de persecución en Inglaterra. Owen, después de haber servido fiel y fructíferamente a Dios promoviendo la verdadera espiritualidad bíblica y escribiendo más de 80 obras de gran solidez teológica y experimental, murió en 1683--

COMENTARIOS SOBRE OWEN Y SU LIBRO “LA MORTIFICACIÓN DEL PECADO”

-- Los libros de John Owen “El Pecado en el Creyente” y “La Mortificación del Pecado” son,

en mi opinión, los escritos más útiles que existen sobre la santidad personal (Jerry Bridges)

-- Yo le debo a John Owen más de lo que le debo a ningún otro teólogo, antiguo o contemporáneo; y le debo a su libro [“La Mortificación del Pecado”] más que a ningún otro que haya escrito (J. I. Packer).

-- Hay en Owen, aun al leer sus porciones más difíciles (y algunos de sus escritos son verdaderamente densos), un motivo y un diseño que lo mueve a uno a la adoración. Si nos esforzamos en entender su estilo (lo cual se hace más fácil a medida que lo hacemos), él no fallara en conducirnos a los pies de Cristo Jesús (Sinclair B. Ferguson).



LA MORTIFICACIÓN DEL PECADO

Aun los mejores cristianos, aquellos que con toda seguridad han sido liberados de la condenación del pecado, tienen que ocuparse todos los días de mortificar el poder del pecado que mora en ellos.

De esto habla apóstol en Colosenses 3.5: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros.” ¿A quiénes les habla? A quienes han “resucitado con Cristo,” (v.1), a quienes han “muerto” en Él (v.3), cuya vida es Cristo y que serán “manifestados con Él en gloria” (v.4).

Haz que la mortificación del pecado sea tu labor diaria; mantente haciéndolo mientras vivas; no ceses ni un día de laborar en ello; mata el pecado o él te matará a ti. Aunque tú estés muerto con Cristo y hayas resucitado con Él no tienes excusa para descuidar esta responsabilidad. Nuestro salvador nos dice que el Padre limpia cada rama viviente de la vid verdadera para que

lleve más fruto (Jn. 15.2). Él no la poda las ramas por uno o dos días; Él lo hace y lo hará cada día sin cesar mientras estemos en este mundo.

En 1 Corintios 9:27 el apóstol nos dice cómo practicaba la mortificación: “golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre.” Él dice, “lo hago diariamente; es el trabajo de mi vida: no lo descuido; es mi ocupación.” Y si este era el trabajo y la ocupación de Pablo, quien estaba tan incomparablemente por encima de la medida ordinaria de los creyentes en gracia, revelaciones, comunión, privilegios y consuelo espiritual, ¿en qué podemos basarnos nosotros para descuidar este trabajo y responsabilidad mientras estemos en el mundo? He aquí seis razones por las cuales la mortificación es necesaria:

1. SIEMPRE TENDREMOS PECADO EN NOSOTROS MIENTRAS VIVAMOS, POR LO TANTO DEBEMOS MORTIFICARLO

No me voy a ocupar ahora en las discusiones vanas, necias e ignorantes de los que dicen que se pueden guardar perfectamente los mandamientos de Dios o vivir vidas perfectas en esta tierra. Lo más probable es que quienes predicán estas abominaciones nunca han conocido lo que es guardar ni uno sólo de los mandamientos y que su grado de perfección es tan bajo que nunca han sido sinceros en su obediencia, ni parcial ni universalmente.

Sabiendo eso, algunos más astutamente hablan de perfección afirmando que ésta consiste en que no hay diferencia entre lo bueno y lo malo. Ellos se consideran perfectos, no porque sean perfectos en lo que conocemos como bueno, sino porque para ellos todo es lo mismo y lo elevado de su libertinaje es su perfección. Otros apoyan la doctrina de la perfección absoluta negando la pecaminosidad innata y permanente de nuestra naturaleza y mitigando la espiritualidad de la ley de Dios para ajustarla a la carnalidad de sus corazones. Así, manifestando claramente su ignorancia de la vida en Cristo y de su poder, inventan una nueva justicia de la cual el evangelio no dice nada, estando vanamente hinchados en su mente carnal.

Para nosotros, que no nos atrevemos a ser mas sabios de lo que está escrito, ni a gloriarnos en la ideas de otros hombres, decimos que mientras

vivamos en este mundo, el pecado aun reside dentro de nosotros en cierto grado y medida. No nos atrevemos a hablar como si hubiésemos alcanzado la perfección (Fil. 3.12). Día a día “nuestro hombre exterior se va desgastando” (2 Corintios 4:16).

El hombre viejo se fortalece o decae de acuerdo a la renovación del nuevo. En esta vida nosotros “conocemos en parte” (1 Cor. 13.12), pues aun hay un remanente de penumbra que es removido gradualmente a medida que crecemos en “la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro 3.18). Pablo dice, “el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gal. 5:17; por esa razón, nuestra obediencia, tanto como nuestra luz son defectuosas (1 Jn. 1.8). Tenemos un “cuerpo de muerte” (Rom. 7.24) del cual no seremos librados sólo hasta que muramos (Fil. 3.21).

Siendo nuestra tarea mortificar el pecado mientras esté en nosotros, tenemos que mantenernos trabajando en ello permanentemente. El que es mandado a matar a un enemigo, si deja de atacarlo antes que muera, estará haciendo sólo la mitad de su trabajo (Gal. 6.9; Heb. 12.1; 2 Cor. 7.1).

2. EL PECADO NO SOLO HABITA EN NOSOTROS SINO QUE SE MANTIENE ACTIVO PARA HACER QUE LAS OBRAS DE LA CARNE SE MANIFIESTEN

Cuando el pecado deje de asecharnos nosotros dejaremos de combatirlo. Y puesto que el pecado nunca está menos quieto que cuando parece más quieto, y sus aguas nunca son más profundas que cuando parecen más serenas, nuestra vigilancia debe ser vigorosa en todo tiempo y condición, aun cuando hay menos sospecha de que esté actuando. El pecado no solo habita en nosotros sino que, como Pablo dice, “la ley de mis miembros se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.” (Romanos 7:23). “¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?” (Santiago 4:5).

La mortificación es una batalla continua “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu contra la carne” (Ga. 5.17) y porque la

concupiscencia nos tienta, concibe y da a luz el pecado (Sant. 1.14). En cada acción humana siempre está presente la inclinación a lo malo, el estorbo a lo bueno o la turbación del espíritu en la comunión con Dios. En cuanto a la inclinación a lo malo Pablo dice, “no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, ese hago” (Rom. 7.19). ¿De donde viene esto?: “porque en mi,” dice Pablo, “esto es en mi carne, no mora el bien” (Rom. 7.18). En cuanto al estorbo a lo bueno Pablo dice de nuevo, “porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, ese hago (Rom 7.19)—por esta razón, no hago el bien o no lo hago como debería y todas mis intenciones santas están contaminadas con el pecado. En cuanto a la turbación de nuestro espíritu en la comunión con Dios, el escritor de Hebreos habla del peso y del pecado que nos asedia (Heb. 12.1). Es de aquí de donde vienen los terribles lamentos de Pablo en Romanos 7.

Así que el pecado siempre está actuando, concibiendo, seduciendo y tentando. ¿Quién que haya tenido comunión con Dios o haya hecho algo para Dios no puede decir que el pecado no haya metido su mano tratando de corromperlo todo? Y esta situación continuará toda la vida, algunos días más y algunos menos, pero siempre. Por lo tanto, si el pecado se mantiene actuando y nosotros no lo mortificamos, estamos perdidos. El que se queda pasivo y deja que su enemigo lo abofetea una vez tras otra sin ponerle resistencia, sin duda será derrotado. Si el pecado es sutil, vigilante, fuerte y siempre activo en su intento de matar nuestra alma, y nosotros somos perezosos, negligentes y tontos en la forma en que lo combatimos, ¿podremos esperar un agradable final? No hay un solo día en que el pecado no venza o sea vencido, que prevalezca o sea sometido; y esto será así mientras tengamos vida.

Yo absuelvo a cualquiera de esta lucha si logra que el pecado se comporte y cese de levantar sus armas en guerra contra su alma. Si el pecado lo deja de molestar algún día (siempre y cuando esa persona conozca la espiritualidad de la obediencia y la sutileza del pecado) que se tome un descanso y diga, “alma, reposa.” Pero aquellos santos, cuyas almas ya están con el Señor después de haber luchado y sido liberados de la perturbadora rebelión del pecado en esta tierra, saben que no hay seguridad contra el pecado sino en la batalla.

3. EL PECADO NO SOLO INSISTE, ACTÚA, SE REBELA, TURBA E INQUIETA, PERO SI NO SE LE COMBATE Y SE LE MORTIFICA CONTINUAMENTE, SE CONVIERTE EN LA CAUSA DE PECADOS ESCANDALOSOS, GRANDES Y DEPLORABLES QUE DESTRUYEN EL ALMA

En Gal. 5.19-21, el apóstol enumera las obras y los frutos del pecado: “manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas.”

Ustedes saben lo que el pecado hizo en David y en muchos otros. El pecado siempre apunta a lo más alto; cada vez que se levanta para tentar o seducir es capaz de provocar la peor caída posible. Todo pensamiento o mirada impura busca convertirlo en adulterio; todo deseo codicioso en opresión, toda incredulidad en ateísmo; cada vez que logra desarrollarse lo suficiente provoca estas cosas.

Los hombres pueden llegar a falsas conclusiones cuando ese pequeño pecado que cometen no les dice a su corazón ni una sola palabra escandalosa, es decir, no parece guiarles a ningún gran pecado. Sin embargo, cada vez que brota la impureza, si ésta sigue su curso, puede perfectamente convertirse en la peor baja moral. El pecado es como el sepulcro que nunca se satisface. Y es aquí donde reside una parte no pequeña del engaño del pecado, por el cual el corazón de los hombres se endurece y la ruina los alcanza (Heb. 3.13). El pecado, en sus primeros movimientos e insinuaciones se presenta modesto, pero una vez que asienta su pie en el corazón, sigue usurpando terreno y presionando buscando llegar más y más lejos. Y este avance y presión suceden mientras el alma apenas se da cuenta de que ha entrado en un descenso en su relación con Dios. El alma así engañada, piensa que su pecado es neutro y que todo estará bien mientras no siga haciendo cosas peores; pero en la medida en que se insensibiliza al pecado—es decir, deja de ser sensible como lo requiere el evangelio—en esa medida sigue endureciéndose. Mientras tanto, el pecado sigue presionando sin límites con un desprecio y una oposición absolutas hacia Dios, avanzando poco a poco y aprovechándose del terreno que ha

ganado por la dureza del corazón que provoca, una dureza que no es propia del creyente, pero que el pecado logra por el engaño y la seducción.

Nada puede prevenir esta debacle sino la mortificación. Solo ella puede arrancar la raíz y azotar la cabeza del pecado continuamente, interponiéndose en su intento, cualquiera que sea. No hay santo, ni el más sobresaliente, que si descuida la tarea de la mortificación no pueda caer en los pecados más abominables que pueda haber.

4. LA PRINCIPAL RAZÓN POR LA QUE DIOS NOS DA SU ESPÍRITU Y UNA NUEVA NATURALEZA ES PARA QUE PODAMOS OPONERNOS AL PECADO Y LA CONCUPIESCENCIA

“El deseo de la carne es contra el Espíritu.” Bueno, ¿y entonces qué? Entonces “el Espíritu se opone a la carne” (Ga. 5.17). Hay una propensión del Espíritu Santo y de la nueva naturaleza espiritual, a actuar contra la carne; igualmente lo hace la carne contra el Espíritu. 2 Pedro 1.4-5 nos dice que, para los creyentes, ser participantes de la naturaleza divina nos brinda un escape de la contaminación que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. Romanos 7.23 nos habla también de la ley de la mente (la nueva naturaleza) y de la ley de los miembros (el pecado).

No habría cosa más injusta e irrazonable en el mundo que si dos combatientes están peleando, amarremos a uno impidiéndole defenderse y dejemos libre al otro para que hiera a su antojo al que está amarrado. Y no habría cosa más necia que amarrar al que pelea a favor de nuestro bien eterno y dejar tranquilo al que busca nuestra ruina absoluta. La lucha entre la carne y el Espíritu es por nuestras vidas y nuestras almas. No ocuparse diariamente de mortificar el pecado con el poder del Espíritu y la nueva naturaleza es descuidar el excelente auxilio que Dios nos ha dado contra nuestro más grande enemigo. Si somos negligentes en usar lo que hemos recibido, Dios puede con justicia dejar de darnos más. Él nos da su gracia y sus dones para que los usemos, los ejercitemos y los pongamos a trabajar. No mortificar el pecado diariamente es pecar contra la bondad, la compasión, la gracia y el amor de Dios que nos ha equipado con los medios para hacerlo.

5. LA NEGLIGENCIA EN LA TAREA DE LA MORTIFICACIÓN LANZA AL ALMA A UNA CONDICIÓN PERFECTAMENTE CONTRARIA A LA QUE EL APÓSTOL NOS DICE EN 2 COR. 4.16 QUE ÉL DISFRUTABA: “AUNQUE ESTE NUESTRO HOMBRE EXTERIOR SE VA DESGASTANDO, EL INTERIOR NO OBSTANTE SE RENUEVA DE DÍA EN DÍA.”

En los negligentes el hombre interior se desgasta y el exterior se renueva de día en día; en ellos el pecado es como la casa de David y la gracia como la casa de Saúl (2 Sam. 3.1). El ejercicio y el éxito son los dos principales tesoros de la gracia en el corazón; pero cuando se deja que la gracia esté pasiva, ésta se marchita y decae, todo lo que tiene que ver con ella esta listo para morir (Ap. 3.2) y el pecado gana terreno endureciendo el corazón (Heb. 3.12).

Lo que yo busco es que nos demos cuenta que al omitir la mortificación del pecado la gracia se marchita, la concupiscencia florece y la condición del corazón se empeora; y el Señor sabe cuán desesperada y aterradora ha llegado a ser la condición de muchos por esta causa. Cuando el pecado, por la negligencia de la mortificación, logra una considerable victoria, este quiebra los huesos del alma (Sal. 31.10; 51.8), y hace que el cristiano que peca se debilite, se enferme y llegue al borde de la muerte (Sal. 38.3-5), sin poder levantar su mirada hacia arriba (Sal. 40.12). Y cuando una pobre criatura llega a esa triste condición recibiendo golpe tras golpe, herida tras herida, derrota tras derrota de parte del pecado sin nunca levantarse para pelear vigorosamente contra él, ¿qué puede esperar sino endurecerse más por el engaño del pecado mientras su alma se desangra hasta la muerte? (2 Juan 8).

Ciertamente es una cosa muy triste considerar el horrendo resultado de esta negligencia, lo cual nosotros vemos todos los días frente a nuestros ojos. ¿No conocemos a gente que eran cristianos humildes, sensitivos, quebrantados de corazón, tiernos, prudentes, celosos de Dios, de sus caminos, de sus días de reposo y de sus ordenanzas, y que ahora, por su negligencia y por no velar en la tarea de la mortificación se han vuelto terrenales, carnales, distantes, iracundos, conformándose a los hombres y a las cosas del mundo? ¿No son estos ahora un escándalo para el evangelio y una causa de

terrible tentación para quienes los conocen?

La verdad es que la mortificación ha sido enseñada equivocadamente. Por un lado están los que la sitúan dentro de un marco de rigidez y terquedad de espíritu que es mayormente una cuestión terrenal, legalista, censuradora y parcializada y que más bien instiga a la ira, la envidia, la malicia y el orgullo. Por el otro, están los que presumen de falsa idea de libertad, gracia y no se que más cosas dañinas. Y en medio de todo esto, la verdadera mortificación bíblica ha sido casi olvidada, de lo cual hablaremos a continuación.

6. ES NUESTRA TAREA PERFECCIONAR LA SANTIDAD EN EL TEMOR DE DIOS (2 COR. 7.1), CRECER EN LA GRACIA (1 PEDRO 2.2; 2 PEDRO 3.18) Y RENOVAR NUESTRO HOMBRE INTERIOR DE DÍA EN DÍA (2 COR. 4.16)

Estas cosas no se pueden hacer sin la mortificación diaria del pecado. El pecado enfoca su fuerza contra todo acto de santidad y de crecimiento espiritual. Nadie piense estar creciendo en santidad si no le pasa por encima a sus concupiscencias. El que no mata el pecado mientras camina, no está avanzando en su jornada; el que no encuentra que el pecado se le opone y no se ajusta en todas las áreas para mortificarlo, está en paz con él, no haciéndolo morir.

Este es entonces el primer principio general del presente discurso: a pesar de la mortificación meritoria del pecado que nuestro Señor Jesucristo realizó en la cruz; y a pesar de que el verdadero fundamento de la mortificación fue instituido en nuestra conversión inicial por la convicción de pecado, la humillación por el pecado y la implantación de una nueva ley espiritual que se le opone y lo destruye; a pesar de todo eso, el pecado aun permanece, actúa y obra de tal forma, aun en los mejores cristianos, que la mortificación diaria y constante es de nuestra incumbencia.

Pero antes de proceder a considerar el siguiente principio, no puedo sino censurar a muchos que profesando ser cristianos, en lugar de producir frutos abundantes y evidentes de mortificación como sería de esperar, escasamente muestran algunas hojas.

Nuestra generación, sin duda, ha recibido gran

luz y muchos dones espirituales que junto a otras bendiciones han hecho multiplicarse maravillosamente las multitudes en las iglesias. Tanto los que están aceptando a Cristo como los que ya profesan ser cristianos se han incrementado y multiplicado excepcionalmente. Por todas partes se oye el bullicio de la religión y se ve la actividad religiosa; hay predicación en abundancia—y no toda ella es vacía, ligera, trivial o vana, sino que en gran proporción, es espiritual. De manera que si tú mides el número de creyentes por la luz, los dones, y la profesión de fe que hacen, la iglesia tiene motivos para preguntarse, “¿Quién me engendró estos?” (Isaías 49.21). Pero si mides a estas multitudes con la gracia discriminadora de la mortificación, probablemente vas a encontrar que el número no se ha multiplicado tanto.

¿Dónde están los cristianos que gozando de tanta bendición y hablando y profesando tanta espiritualidad no muestran la miseria de un corazón no mortificado? Si el malgasto del tiempo, la ociosidad, la improductividad en sus trabajos, la envidia, las contiendas, las divisiones, la rivalidad, la ira, el orgullo, la mundanalidad y el egoísmo fuesen las marcas del cristianismo, nosotros tenemos bastante de eso pues gente así abunda en nuestras iglesias evangélicas. Y si esa es la condición de los que tienen mucha luz, la cual esperamos que sea salvadora, ¿Qué será de aquellos religiosos que desprecian la luz del evangelio y que no saben nada de la mortificación de la que estamos hablando, sino solo algunas restricciones externas, que de todas maneras casi ni practican?

Que nuestro buen Señor envíe un espíritu de mortificación para curar nuestras anomalías espirituales, si no es así, estamos en una triste condición.

